

## CAPITULO VIGÉSIMO NOVENO

Situación de Francia en el exterior.—Relaciones políticas.—Rusia y los príncipes alemanes.—Francia en Italia.—Argel. La *legión extranjera*. Dificultades de la conquista. Sorpresas y correrías de los beduinos. Abdel-Kader. Los mariscales Clausel y Bugeaud. Paz de Tafna. La guerra santa. Bugeaud gobernador de Africa. Derrotas del emir. Este se refugia en Marruecos. Otra vez la guerra santa. Francia responde con una guerra de exterminio. Reprobación de Europa. Sumisión del emir.—Política francesa en Oriente. Francia y Egipto.—Otañiti. Misiones inglesas y francesas. La reina Pomaré. Protectorado francés.—Inmoralidad y corrupción de las clases altas.—Asesinato de la duquesa de Praslin y suicidio de su esposo.—Propaganda en favor de la reforma electoral. Banquetes reformistas. Los prohíbe el gobierno. Medidas militares. Insurrección popular. Después de dos días de lucha, el rey cambia de ministerio y promete la reforma electoral. El pueblo depone las armas y celebra su triunfo con públicos regocijos. Funesto incidente en el ministerio de Negocios extranjeros. El pueblo vuelve á tomar las armas. La insurrección adquiere proporciones formidables. El rey llama inútilmente á Thiers, Odilón Barrot y otros liberales al ministerio; la revolución triunfa. Precipitada huida del rey y de su familia á Inglaterra. Gobierno provisional. Triste fin de la dinastía de Orleans. Luis Felipe en Clarentmont. Su muerte. El sistema de su reinado.

La revolución de Julio fué, juntamente con el cólera, que por entonces cruzaba la Europa en opuestas direcciones, causa de temores y ansiedad en los monarcas, y turbó en las altas clases el goce de la herencia que habían recogido de la revolución. El temor de una guerra, que en la agitación de los tiempos y en la cultura política de los pueblos pudiera convertirse en lucha civil y de opinión, arrancó á los gobiernos muchas concesiones; y aún las hubieran ampliado más, si de un lado la impaciencia de los liberales, rompiendo en amenazas, conspiraciones y levantamientos en armas, no hubiera provocado la resistencia, y de otro el sentido pacífico de Luis Felipe, atento á asegurar su trono, no con la espada, sino, como *Napoléon de la Paz*, con la política y la diplomacia, no hubiera disipado los temores de los gobiernos extranjeros. La independencia de Bélgica fué la única empresa que tras largas negociaciones en la *conferencia de Ministros de Londres* llevó á cabo la revolución de Julio. Polonia, como hemos dicho, fué abandonada á su suerte, y las varias conspiraciones y sublevaciones de los emigrados polacos, unidos mediante una propaganda secreta para restaurar su nacionalidad, acabaron en su propio daño y llenaron las cárceles y colonias penitenciarias de numerosos mártires. Los príncipes alemanes, temiendo por la frontera del Rhin, se inclinaron á Rusia, fuerte por su independencia exterior y por su gobierno absoluto, y la ayudaron á tender con matrimonios de familia una red de influencia sobre la mayor parte de las Cortes alemanas. En Italia, el gobierno de Julio favoreció al principio al partido liberal, defendiéndolo en la ocupación de Ancona (1832), contra el patronato de Austria. Seis años estuvo Ancona en poder de los franceses, hasta que, restablecida la paz general, fué abandonada. Pero si la revolución de Julio no tuvo por las disposiciones pacíficas del rey las consecuencias temidas por algunos espíritus pusilánimes y sombríos, necesitó Luis Felipe abrir lejos un campo de batalla al espíritu inquieto y belicoso francés. Vino para ello á tiempo la conquista de Argel, hecha poco antes de la revolución, y para cuya seguridad y colonización dió el gobierno prontas y eficaces disposiciones.

Aunque costaba mucho á Francia la posesión de Argel, que exigía un grande ejército, aprestos militares y

económicos, y aunque la conquista obligó á una lucha sangrienta y larga, tuvo inmensos resultados para la nación y para Luis Felipe. Los obstinados combates con las tribus belicosas de beduinos y kábilas, aguijados por el fanatismo religioso y el odio al yugo extranjero, alentaron de nuevo en los franceses el ánimo guerrero y la afición á los combates, y dieron á las tropas ocasión continua de ejercitarse en las armas y sacudir la flojedad engendrada en la paz de tantos años. La conquista del país africano ofrecía al gobierno francés un teatro y motivo aparente para alejar de Francia muchos agitadores, descontentos y ociosos, teniéndolos ocupados lejos, á veces con reforma y cambio de sentido y siempre con ganancia del país; y no pocos revolucionarios de otras naciones, que, frustrados sus planes y perseguidos ellos, buscaron en Francia hospitalario asilo, pasaron el Mediterráneo, unos de grado y otros por fuerza, para pelear alistados en la *legión extranjera*.

De todo, en verdad, necesitaba la conquista de aquel país africano, que, además de ser muy difícil, tropezaba con el inconveniente de que los franceses, valientes para conquistar, se mostraban poco hábiles para conservar y colonizar lo conquistado. Realizáronse en Argel grandes hechos de armas; se emprendieron y llevaron á cabo arriesgadas expediciones; pero aquel país, regido por un gobernador militar, y al que eran llamados con ofertas colonos de toda Europa, no llegó á un estado floreciente, ni aun se acercó á ello en largo tiempo. ¿Cómo pudieran echar raíces el bienestar y la cultura donde el soldado no bastaba á defender de las sorpresas y correrías de los beduinos los campos recién sembrados y los tiernos plantíos, y cuando la choza recién cubierta y el naciente frutal eran allanados de un año para otro sin descanso? La provincia de Africa, rica y culta en la época romana, con grandes ciudades, con escuelas célebres, con una población floreciente por el comercio y la industria, no acababa en las manos francesas de sacudir la barbarie en que la habían hundido los Régulos mahometanos. A la verdad, los conquistadores modernos no tenían ociosa la espada, hallando en el emir Abdel-Kader un enemigo no inferior al Yugurta de los romanos. Astuto y activo, fecundo en planes y recursos, dueño de una autoridad ilimitada como sacerdote, marabut y general, y superior al enemigo en

el conocimiento del suelo, de las costumbres y del género de guerra del desierto, resistió Abdel-Kader muchos años con fortuna y ventaja á las armas europeas, y cuando parecía aniquilado, volvía al año siguiente con dobles fuerzas. Después de muchos combates y varia fortuna, desde 1834 á 1837, bajo el mando del mariscal Clausel, que sufrió dos derrotas, en Makta y Tafna, y por su parte incendió á Máscara, capital del emir, el general Bugeaud, que por sus triunfos en Africa mereció el bastón de mariscal y el título de duque de Isli, obligó al caudillo africano á reconocer en la paz de



Accidente desgraciado del duque Fernando Felipe de Orleáns, primogénito del rey Luis Felipe, en 13 de julio de 1842 (Litografía de Arnoult, Biblioteca Nacional, París.)

Tafna, celebrada en 30 de mayo de 1837, la soberanía francesa en la regencia de Argel. Pero mientras los franceses invadían la provincia oriental de Constantina, cuya capital fué tomada por asalto el 13 de octubre de 1837, muriendo gloriosamente en la acción el general Damnemont, y mientras sometían poco á poco al país, Abdel-Kader era reconocido por todas las tribus meridionales hasta el desierto, acrecentando su poder hasta hacerse muy temible. Declaró violada la paz y su territorio por una correría del mariscal Valee hacia el estrecho llamado la *puerta de hierro*, y rompió de nuevo la guerra santa contra los invasores. Los establecimientos y aldeas europeas del llano fueron arrasados; en los campos de Metidja se acamparon 40.000 árabes y corrieron desde aquí todo el territorio hasta las puertas de Argel, arrebatando á Francia el fruto de las campañas anteriores. Entonces fué encargado Bugeaud del gobierno superior de Africa, y se enviaron allí refuerzos considerables. Secundado por el bravo general Lamoriciere y otros jefes, el nuevo gobernador quebrantó enteramente el poder de Abdel-Kader en los años de 1841 y 1842. A las correrías y talas incesantes, y sobre todo al espionaje militar, acompañaban las campañas regulares en que batía al emir, destruía sus fortalezas y abrigos en el interior, lo desautorizaba entre el pueblo y le quitaba los recursos. Ocupada Máscara segunda vez, se some-

tieron las más de las tribus indígenas á los franceses, y el emir mismo hubo de ampararse en el territorio de Marruecos. Pero, inagotable en recursos y actividad, levantó sobre la antipatía religiosa de los mahometanos y la inconstancia y deslealtad de las kábilas nuevos proyectos de guerra; apareció en 1844 otra vez en la raya del desierto, volvió á proclamar la guerra santa, y cuando, después de sufrir varias derrotas, se acogió de nuevo á Marruecos, empleó todos los ardides para levantar á los mahometanos contra los infieles extranjeros. Estos hicieron una guerra de exterminio y conquistaron á

sangre y fuego el suelo disputado. Alzóse en Europa una voz general de reprobación contra semejante sistema bárbaro de colonizar, defendido sólo por el ministro de la Guerra, general Soult, que nunca conoció la piedad. Pero el terror obligó al cabo á Abdel-Kader, abandonado de todos y amenazado en su libertad y en su vida, á someterse, lo que efectuó en diciembre de 1847, bajo la condición de poderse retirar á Egipto, aunque el gobierno francés no confirmó el tratado, garantido por un hijo del rey, y mandó traer á Francia á Abdel-Kader con su familia y su séquito.

El fruto más codiciado por los franceses en la guerra de Argel era la parte que les ofrecía en el imperio del Mediterráneo y la influencia en los negocios de Oriente. Era máxima antigua de los gobiernos franceses mantener buenas relaciones con los Estados mahometanos orientales y conservar su intervención en aquellos países; en particular, nunca perdieron de vista el Egipto, más unido entonces á Francia desde la expedición de Napoleón. Si cayese algún día el ruinoso edificio del imperio otomano, Francia quería sacar su parte del despojo, y sobre todo el rico valle del Nilo, que comunicando con Argel y aumentado con nuevas conquistas, formaría un imperio que podría competir con el inglés oriental. Aquella lejana perspectiva movió quizá á Luis Felipe y sus ministros á ligarse con el pachá Mehemed-

Alí en 1849, y con su belicoso hijo Ibrahim. Mehemed-Alí, macedonio, de oscuro origen, que pretendía ser de la misma edad que Napoleón, subió después de una juventud aventurera al alto puesto de pachá de Egipto. Aquí empezó por destruir con engaños, muerte y violencia el poder de los mamelucos. Después de esto y ayudado de consejeros europeos, los más de ellos franceses, fundó un gobierno que juntaba en extraña mezcla la civilización occidental con el despotismo y barbarie de Oriente. Mediante una ley tributaria opresiva, y haciéndose comprador obligado á precio fijo de los

rra (1839-1841). Derrotado en Nisibis por Ibrahim el ejército turco, cuyo almirante Kapudain Pachá se pasó con toda la flota al enemigo, y manifestando el vencedor, apoyado por el gobierno francés, exigencias altivas, intervinieron las cuatro grandes potencias, con exclusión de Francia, en la llamada *cuádruple alianza* (15 de julio de 1840). Aunque el gobierno francés desairado protestó y aun dejó entrever el caso de guerra, habiendo los ingleses bombardeado á Beirut y amenazado á Alejandria, aceptó Mehemed-Alí la paz, quedando con el gobierno hereditario de Egipto y de la Nubia, bajo



Últimos momentos del duque de Orleáns á consecuencia de la conmoción sufrida al arrojarle del carruaje por habersele desbocado los caballos. (Litografía de Arnoult, Biblioteca Nacional, París.)

productos del suelo y vendedor de todos los artículos extranjeros, redujo á los propietarios á abandonar su suelo y labrarlo como colonos, con cuyo sistema casi todo el Egipto vino á ser posesión del pachá. Este introdujo luego la industria europea, que á él lo enriquecía y empobrecía al pueblo. Llenó casi todo el suelo de plantíos de algodón, cuyo monopolio se reservó, y de las instituciones europeas introdujo las que, como la policía y las quintas, encadenaban al pueblo bajo su despotismo, ó las que, como el nuevo código, imitado del francés, la fundación de una escuela superior, una imprenta y una gaceta, daban al país una apariencia de cultura que engañaba á los extranjeros.

Disponiendo de su numeroso ejército de mar y tierra organizado á la francesa, negó Mehemed-Alí al sultán el tributo debido y extendió su imperio hacia todos lados; sometió la Nubia y el Cordofán, donde ejerció el comercio de negros, y envió á conquistar la Siria y la Palestina (1831-1833) á su hijo Ibrahim, que sin detenerse por la proscripción del sultán, ocupó en una campaña el país y aceptó luego la mediación de las potencias europeas (4 de noviembre de 1833), dejando su conquista bajo la soberanía del emperador otomano. No contento con esto, aspiró al imperio hereditario del Egipto, la Siria, Creta y otras conquistas, y negó al sultán todo tributo. Rompió, pues, segunda vez la gue-

un tributo á la Puerta, pero con la condición de desocupar la Siria y Creta y restituir la flota turca. El pacífico Luis Felipe no realizó las amenazas de su ministro Thiers, que produjeron en Alemania una alarma pasajera.

Francia siguió una política mezquina y rencillosa con Inglaterra en la cuestión de Otahiti, una de las islas de la Sociedad en el Océano Pacífico. Habitado por un pequeño pueblo en estado salvaje, había degenerado moral y materialmente en el comercio con los europeos; las enfermedades, los vicios y una grosera idolatría deshumanizaban aquellos indígenas. Los misioneros ingleses llevaron con el Cristianismo la semilla de una regeneración moral y los beneficios de la cultura, y á la vuelta de veinte años era Otahiti un pueblo cristiano civilizado. Y aunque la educación metodista y el puritanismo inglés no daban grandes resultados, era con todo preferible al estado anterior, mezcla de los vicios de la civilización y la sensualidad de los pueblos salvajes. A esta sazón entraron en la isla misioneros franceses protegidos por el cónsul; comenzaron substituyendo la educación religiosa primera por la que ellos traían, y sembraron en el pueblo la incertidumbre y las luchas de religión. La reina Pomaré, devota de los ingleses, echó de la isla á los nuevos misioneros (1836). Pero éstos, dos años después, protegidos por algunos buques,